

# El “Imperio liberal” de Napoleón III

*«El agua no pasa nunca dos veces bajo el mismo puente», dice un adagio. Si esto es cierto en Geografía, también lo es en Historia, pero en ocasiones hay puentes que se parecen mucho entre ellos.*



**Gonzalo Moya**

Napoleón III ejerció un poder absoluto, personal y directo. El golpe de Estado de diciembre de 1852, que le encumbraría, fue producto de la alianza de la burguesía alta y media—inquieta por la revolución de 1848 y por las exigencias de un proletariado en desarrollo— con el Ejército.

## De la dictadura a la democracia formal

**E**XISTE un período de la dictadura de Napoleón III en Francia poco conocido entre nosotros: el denominado «Imperio liberal», en las postrimerías del régimen, puesto que abarca desde septiembre de 1869 hasta septiembre de 1870 (caída del Imperio después de Sedán), esto es, un año tan sólo.

Como es sabido, el acceso de Napoleón III al poder —poder absoluto de hecho, personal y directo— gracias al golpe de estado de diciembre de 1852 (antes el segundo Bonaparte era ya «Príncipe Presidente de la República»), se pudo llevar a cabo mediante la alianza de la burguesía alta y media—inquieta por la revolución de 1848 y por las exigencias de un prole-

tariado en desarrollo— y del ejército, temeroso de perder sus privilegios tradicionales.

Tras el golpe de estado, el nuevo Emperador constituyó un «régimen fuerte», que conformaba en el papel —nada más que en el papel— los grandes principios de la Revolución Francesa, pero que creaba en realidad un «ejecutivo concentrado» y un legislativo de pura fórmula. El Emperador hacía y deshacía nombramientos «oído el Consejo de Ministros o el Consejo del Estado, etc...», era generalísimo de las fuerzas armadas de tierra y mar, podía gobernar por decreto-ley y convocar referendums. Los ministros no eran responsables sino ante él —y no ante el «Cuerpo Legis-

Bajo Napoleón III la alta burguesía logró un auge esplendoroso, sobre todo, debido a la industrialización que —como en otros países— vendría financiada por la Banca. Esta «Fiesta de las flores en el Bois de Boulogne», de G. Wertheimer, vale como símbolo de aquella burguesía feliz de enorme peso político en Francia.



lativo»—, y el Consejo de Ministros lo integraba una hábil dosificación de las distintas fuerzas políticas que apoyaban al dictador.

Subrayemos que, con tales «medidas de seguridad», Napoleón III podía permitirse el lujo de conservar el sufragio universal, procediendo —como De Gaulle lo hará un siglo después— a rectificaciones de las circunscripciones electorales adversas, amalgamando sus fragmentos con otras adictas para evitar elecciones «incómodas» y haciendo que los prefectos apoyaran económica y políticamente a las «candidaturas oficiales». Todo ello constituía una «democracia formal» que tranquilizaba los escrúpulos de los liberales y que tenía de democracia todo, salvo lo que etimológicamente —entre otras cosas— la define: no que cada cual pueda decir lo que quiera, sino que los candidatos populares puedan alcanzar el poder. Una clase media fuerte e inteligente, podía y puede permitirse lujos electorales de esta naturaleza. Tan sólo cuando bajo los Borbones de la Restauración de 1814 y bajo Luis Felipe la burguesía era aún enclenque necesitaba conservar el sistema censatario —voto limitado tan sólo a quienes pagaban más de una determinada cantidad de impuestos, esto es, a los más ricos—.

Bajo Napoleón III, por cierto, esta burguesía logró un auge esplendoroso gracias a la industrialización, que, como en otros países —en el nuestro casi un siglo después—, se lograría por intermedio de los

Bancos, que durante un período serán los amos y señores de un elevado porcentaje de industrias de todo tipo: de esta época data la fundación del Crédit Commercial (1848, reformado en 1860), del Crédit Foncier (1856), del Crédit Mobilier (1852), del Crédit Agricole (1860) y del Crédit Lyonnais (1863), nada menos. «La Banca se transforma en el motor, el propulsor de la expansión industrial», escribía un financiero de aquella época.

Creó, por otra parte, el Emperador un Senado o Cámara alta, «guardián de la Constitución», integrado «eclecticamente» —dirá un pudibundo historiador—, esto es, formado por incondicionales del nuevo régimen.

Como botón de muestra de lo que significaba el «Cuerpo Legislativo», el más «representativo», elegido por sufragio universal —se reunía un par de veces al año—, basta un párrafo de su texto constitutivo: «Como los Ministros no serán responsables ante la Cámara, ésta no perderá el tiempo en vanas interpretaciones, en acusaciones frívolas; las deliberaciones serán, pues, libres, independientes y se habrán suprimido los motivos de agitación estéril. Los padres de la Patria se dedicarán a cosas serias». Hay textos que a falta de otras virtudes poseen por lo menos la de la claridad.

Después de estas medidas de base vino un alud de «reformas»: la «reorganización» de la Magistratura, la de la Universidad, la de la prensa —el sistema de «las tres

advertencias»: si un periódico publicaba noticias «tendenciosas» a la tercera vez era suspendido—, los viajes de propaganda del jefe del Estado por toda Francia con «claque» trashumante, los plebiscitos que lograban mayorías aplastantes a favor de todo cuanto pedía el Emperador y, por último, «la vuelta a la Iglesia» con fastuosas celebraciones en Nôtre Dame con ocasión de las fechas-clave del Régimen... La legitimación externa, internacional, le vino a Napoleón III —que era considerado en Europa como un «revolucionario» porque en su juventud fue carbonario en Italia, siendo además sobrino del «ogro de Europa», Napoleón I— dada por la visita solemne de la reina Victoria de Inglaterra, espaldarazo definitivo procedente de una de las monarquías a la vez más tradicionales y más «liberales» de Europa occidental.

Si a todo lo anterior añadimos la existencia —auténtica en este caso porque Napoleón III era un irresoluto— de una «camarilla de las Tullerías», constituida por familiares del Jefe del Estado —dos hijos ilegítimos de Napoleón I, Morny y Walewski—, por militares y civiles autoritarios —Persigny, Rouher—, por banqueros —Fould, que será Ministro de Hacienda—, agrupados alrededor de la emperatriz Eugenia de Montijo —por ello resultaba ésta tan impopular—, que se aprovecharán de su privanza para realizar negocios dudosos o francamente sucios con enormes beneficios, habremos completado el panorama de lo que fue esencialmente la estructura política del segundo Imperio.

Entre los años 1852 y 1860 este sistema funcionó a la perfección: «los intelectuales de izquierda», exceptuando a Victor Hugo («y si no queda nadie yo seré el postero»), se dedicaron a escribir textos profundos y soporíferos en espera de que les entreabrieran la puerta de la política para volver al palenque; por el contrario, se endurecieron las medidas represivas y policíacas —ley de Seguridad General— con ocasión de distintos atentados, el de Orsini, por ejemplo.

Pero hacia 1860 las dolencias físicas de Napoleón —su grave litiasis renal—, el tratado de libre cambio entre Francia e Inglaterra que le enajenó en parte a los conservadores —y el crecimiento del proletariado que entonces apoyaba a los republicanos—, hizo que el régimen intentara adquirir mayor flexibilidad soltando algo de lastre: derecho de enmienda en la

Cámara baja, discusión y voto del presupuesto anual por ésta, ley de prensa menos draconiana, todo ello para lograr preparar en vida del dictador una evolución «liberal». Esta se vio frenada en la práctica una y otra vez, porque bastaba una sugerencia del Emperador para que la Cámara o uno de sus miembros —inoportuno o ingenuo en exceso— se volviera atrás en cualquier moción «extravagante» que hubiera tenido la osadía de presentar. Por último, al agravarse considerablemente el estado de salud del Emperador un «senatus-consulte» —decreto-ley— de septiembre de 1869 establecía que la Cámara podría poseer y desarrollar iniciativas propias, enmendar libremente las leyes discutidas, reduciéndose a la vez los poderes del Senado, de los «incondicionales».

Naturalmente para esta «apertura» era necesario cambiar el equipo de gobernantes y Napoleón recurrió —su opción «atrevida» asustó a muchos— a Emile Ollivier, antiguo republicano que constituyó en enero de 1870 un gobierno integrado por «hombres nuevos», esto es, por una hábil mezcla de desertores —como él— del republicanismo y de desertores del autoritarismo, transformados de golpe



Agrupada alrededor de la emperatriz Eugenia de Montijo —esposa de Napoleón III, a la que vemos—, existía una «camarilla de las Tullerías» que se aprovechaba de su privanza para obtener todo tipo de beneficios mediante negocios dudosos o francamente sucios. Era el «búnker» de la época.

en liberales y demócratas y además —salvo algunas excepciones— grises, desconocidos, manejables. Cuando caiga el Imperio —enseñanza que no hay que olvidar—, no se volverá a hablar de ninguno de ellos en política. Vivirán —segunda enseñanza— hasta su desaparición física haciendo pingües negocios a la cabeza de empresas privadas de primera fila —dorada jubilación ésta, por cierto—. Ya que el Estado, «republicano» formalmente, no iba a recompensarlos, lo hicieron con su propio dinero —hecho sorprendente dada la ineptitud de los candidatos— sus amos agradecidos. Lo normal en aquella época era situarlos a la cabeza de empresas públicas de segunda categoría, de modo que sus servicios anteriores los pagase el contribuyente anónimo.

No fue nada fácil para Ollivier su tarea de gobernante. Untuoso y suave por naturaleza, hubo de enfrentarse —y lo hizo con energía nada «liberal»— con la oposición «de izquierdas», los republicanos a cuyo grupo había pertenecido que lo acusaban de traición, y con los «ultras» apiñados más que nunca en torno de la Emperatriz. Ello le permitió afirmar —había que aprovechar de algún modo tanto bofetón por ambos lados y no hay mal que por bien no venga— que era el auténtico representante del centro, ponderado y equidistante en todo, situado por encima de las humanas debilidades, «partidario —son palabras suyas— a la vez de la li-

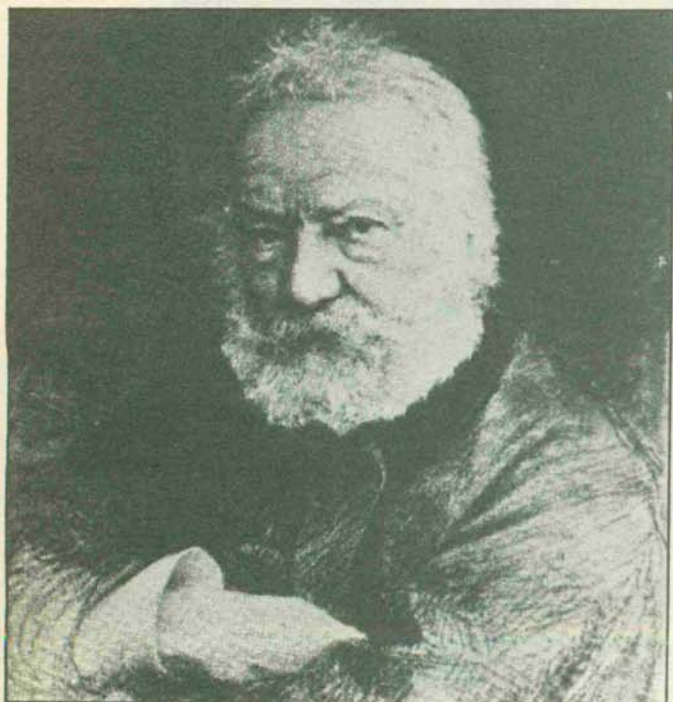
bertad, del orden y de la constitución». De paso nombró presidente del Cuerpo Legislativo a un amigo suyo, el célebre Schneider, director de los Altos Hornos de Le Creusot, gran industrial metalúrgico y fabricante de armas, y se desprendió para mejorar su «imagen de marca» del Barón Haussmann, que a pesar de haber renovado París, se había llenado los bolsillos con dineros del Estado, «para hacer un ejemplo»... Pero sólo uno.

La liberalización resultó difícil: las grandes ciudades votaban contra el gobierno, pero los campesinos y la burguesía le eran fieles. Estallaron huelgas mineras —Saint Étienne, Rocamarie, en donde hubo 12 muertos y 50 heridos—; Ollivier tomó contacto clandestino con la oposición —deseosa de no llegar tarde al reparto de escaños—, aunque públicamente incitase a acelerar seriamente dicha liberalización; se reconstituyeron los partidos políticos, pero un incidente —el duelo entre un periodista y un primo del Emperador que lo mató— desencadenó en París graves disturbios callejeros durante el entierro de la víctima.

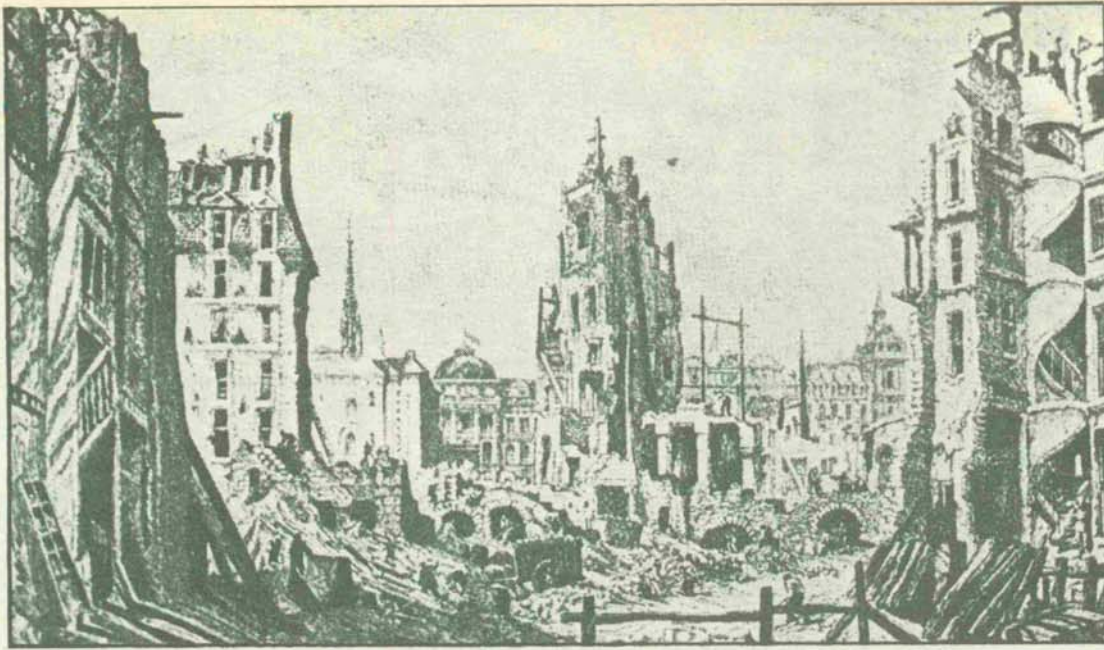
Los jefes de la «Internacional» —unos 245.000 miembros— decidieron entonces —sólo entonces— movilizar al pueblo, que iba, por cierto, por delante de ellos y que no necesitaba que lo movilizasen; la prensa de izquierdas recordó incluso «famosas efemérides» jacobinas, como la ejecución —el 21 de enero— de Luis XVI —las había mejores—, y los intelectuales declararon «que si el gobierno tenía los fusiles, ellos tenían la ciencia y la razón».

Surgió la desilusión en aquellos ministros que habían pensado auténticamente en liberalizar el Imperio y las masas se desprendieron de sus dirigentes «pacifistas», aún sin caer en brazos de quienes, como Pyat, recurrían en soflamas anarquistas al atentado personal. Este emigrado dijo en una cena política: «Brindo por la pequeña bala liberadora, por la pequeña bala humanitaria, por la pequeña bala que todo el mundo espera». Nada se hubiera logrado con esto.

Ante tal situación, el Emperador recurrió a un referéndum —sin trucar su planteamiento en términos tales que hubiera que escoger entre «orden» y «desorden» («¿Aprueba o no usted las reformas liberales realizadas con la ayuda de los cuerpos legislativos de la nación?»)—, y se dirigió al pueblo francés haciendo el panegírico del sufragio universal. La propaganda de las izquierdas se desencadenó inmediatamente aparecieron de golpe veinte nuevos diarios y semanarios de este matiz político, la «Internacional» se dividió entre abstenerse y votar «no»; Ollivier intervino tan sólo para



Exceptuando a Víctor Hugo (aquí, en retrato de B. Lepage), los «intelectuales de la izquierda» apenas criticaron el sistema político del II Imperio, especialmente fuerte entre 1852 y 1860. Parecían más interesados en acceder a la política oficial que en una labor de oposición.



Con el pretexto de embellecer París por medio de demoliciones como ésta que presenciábamos en la isla de la Cité, el barón de Haussmann —prefecto del Sena— quiso evitar acciones revolucionarias en el centro de la capital francesa alejando al proletariado hacia las zonas suburbanas. Gracias a esta operación, Haussmann se llevó también sus buenos dineros del II Imperio.

hacer detener a quienes preconizaban la guerra civil. En junio tuvo lugar la votación: 7.000.000 «sí» contra 1.600.000 «no» y 2.000.000 de abstenciones.

Tres meses después de una victoria tan masiva en las urnas, el Imperio se derrumbaba tras la derrota de Sedán (ello estaría a punto de repetirse en Rusia en 1905 —derrota a manos japonesas— y se repitió allí en 1917 —derrota frente a Alemania— y en Portugal en 1975 —derrotas coloniales—, hechos que merecen reflexión), proclamando la ciudad de París la República.

Pero París —otra enseñanza más— no representaba a toda Francia, cuanto más a las grandes ciudades y a las zonas fabriles. Muchas veces, bastantes políticos y bastantes periodistas, llevados por sus deseos, extienden, generalizan «in mente» a toda la nación, lo que es tan sólo propio de los grupos ideológicamente más avanzados en las áreas económicamente más evolucionadas, sin tener en cuenta el peso de esa «mayoría silenciosa» que llevó a los monárquicos Thiers y Mac Mahon a presidir la Tercera República francesa, nacida de la guerra franco-prusiana, o a Nixon en América, y que desfila en entierros de unos o de otros personajes sin necesidad —seamos realistas y serios— de que nadie les pague un bocadillo de jamón.

Este error es involuntario pero temible, porque la Comuna de París, que sucedió a la proclamación de la República, revolución inmadura —un célebre revolucionario afirmaría más tarde que constituía un excelente ejemplo de cómo no hay que hacer una revolución—, fue ahogada en sangre por Thiers con la colaboración «pasiva» —y «activa»— de las tropas

de Bismarck, que ocupaban el territorio francés —otra enseñanza sobre la utilidad de contingentes extranjeros anclados de un modo u otro en el territorio nacional—. Las revoluciones deben madurar, enseña la Historia, como las manzanas en el árbol, gracias a las aguas que Dios envía, aunque, como también enseña, para muchos no haya que desdeñar la manga del jardinero, de un buen jardinero.

Durante la Tercera República francesa, la oposición de izquierdas —no nos referimos ahora ya a los republicanos, en el poder— no logró mediante la evolución pacífica que los últimos años del siglo XIX y los primeros del veinte trajeran consigo sino el éxito —fragmentario— de parte de sus exigencias puramente laborales y prácticamente ninguna de sus reivindicaciones políticas. Habrá que esperar a 1936 con el Frente Popular —46 años pues— para que el partido socialista llegue realmente al poder —por poco tiempo además— y a que se instauren medidas tan «revolucionarias» como las vacaciones de verano pagadas. Mientras tanto reinó en Francia una de las «democracias formales» más amplias y liberales que han existido: hasta los «chansonniers» podían reírse del Presidente de la República, pero el «Comité des Forges», el patronato francés, se cuidaba mucho de que en lo esencial todo siguiera como Dios —y ellos— mandaban.

En estas evoluciones pacíficas —hay que reflexionar sobre ello— la clase que tiene en sus manos el timón del dinero —y con él el del poder, naturalmente— se arregla de modo totalmente democrático, claro está, mediante mil maniobras plenamente legítimas en el cuadro de la «democracia formal» para evitar la plasmación de las reivindicaciones de quienes nada, o bien poco, poseen. Tales manio-



La derrota de Sedán frente a las tropas de Bismarck motivó el derrumbe del II Imperio y la subsiguiente proclamación de la República. El dibujo de Antonio von Werner que figura sobre estas líneas recoge el momento en que el barón de Wimpffen, generalísimo del Ejército francés, solicita la capitulación ante el mariscal Moltke y el propio Bismarck.

bras van desde la subvención —totalmente permitida («cada uno hace con su dinero lo que quiere»)— de unos partidos y no de otros, desde las coaliciones entre «enemigos» de ayer y amigos de anteayer, hasta el soborno mediante el poder —la «pasión de mandar» de la que hablaba Marañón— (el socialista Millebrand y el republicano Clémenceau, que antiguo hombre de la Comuna hizo disparar, siendo ministro de la República, a los soldados del célebre 17º regimiento de línea contra los viticultores del mediodía arruinados por la filoxera, y que dijo en plena Cámara que lo había ordenado, porque entonces se hallaba «du bon ôté de la barricade», esto es, con la clase dominante), etc., son buenos ejemplos de ello. Ralph Milliband, en su obra realmente clásica «El Estado en la sociedad capitalista», ha desmontado con precisión de relojero los múltiples mecanismos micrométricos utilizados por los que se «anexionaron» a Clémenceau. Cuando los partidos de izquierda se hallan en la oposición o cuando, por azar, llegan al poder, se encuentran con un Estado cuya estructura y personal les son ajenos u hostiles, y no tienen tiempo —o deseos— de desmontarlos. Así ocurrió en la Gran Bretaña en un estúpido ciclo de nacionalizaciones realizadas por los laboristas, deshechas por los conservadores a su regreso al poder y vueltas a decretar por los laboristas al ganar otras elecciones, todo ello después de largos e infructuosos años de combates electorales, por lograr una mísera circunscripción tras otra.

Este tipo de «lucha» posee, evidentemente, muchas «ventajas». Como decía Cajal del deporte, la fatiga que origina aquélla, procura lo que los franceses denominan «bonne conscience», esto es, tranquilidad por el deber «cumplido» y la lucha —que es sólo por sí misma un medio, un escalón— se transforma insensible e inconfesadamente en el fin, perdiéndose de vista —a veces con un respiro de alivio— la auténtica finalidad —dura y difícil—: la obtención de un poder duradero y las obligaciones —de auténtico gobernante— que ello impondría.

Durante la Tercera República francesa, se puso en práctica además un nuevo medio de anestesia política —y de instrumento de gobierno— que sigue haciendo correr mucha tinta (el deporte no había nacido todavía entonces como espectáculo de masas): el aumento «dosificado» —sabiamente dosificado— del nivel de vida. Y decimos dosificado, porque constituía el «residuo a nivel nacional» de los enormes beneficios logrados en sus negocios por quienes habían invertido sus capitales en explotaciones agrícolas coloniales, en empréstitos rusos o en la Compañía del Canal de Panamá —los dos últimos negocios resultaron no serlo finalmente. Ello desarrolló el espíritu pequeño burgués del francés medio y del obrero, que pensaron durante toda su vida en su jubilación, en una casita —en la que se gastarían los ahorros de su existencia íntegra—, aunque sea sin jardín —con un manzano— y al lado del ferrocarril —con mucha

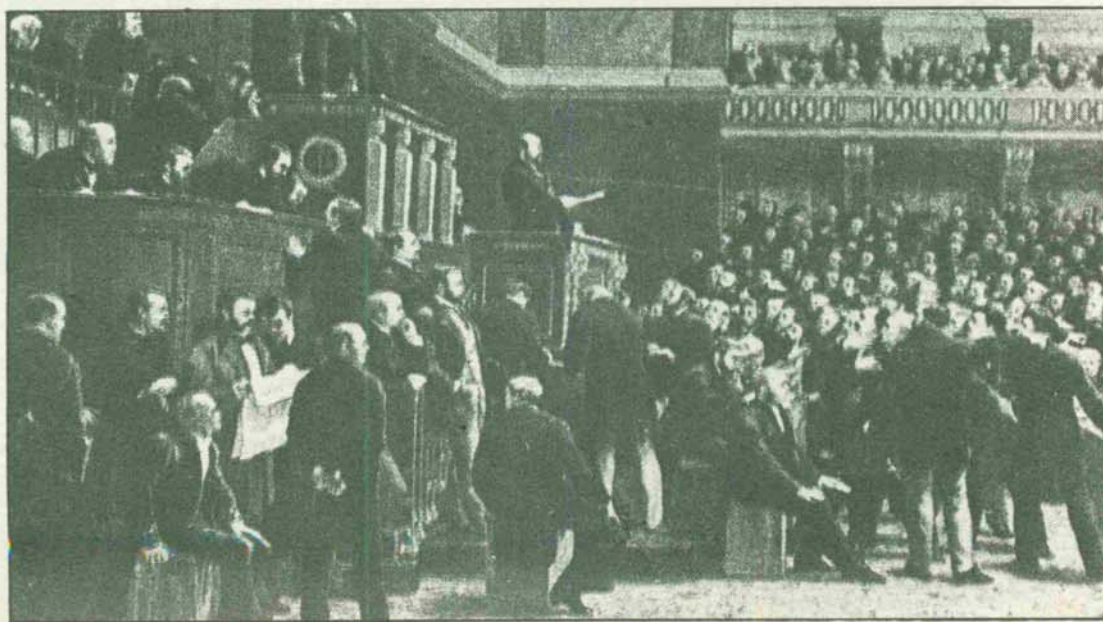
carbonilla—. Pero este método se extendió bien pronto a la «vente a crédit» —la venta a plazos—, a las «rebajas» periódicas en los grandes almacenes que comenzaron a aparecer ya durante el Segundo Imperio (le Bon Marché, 1852; le Louvre, 1855; La Belle Jardinière, 1856; Le Printemps, 1865), invenciones todas ellas francesas y no americanas como muchos creen. Es lo que hoy denominamos en bloque «sociedad de consumo», que —gracias además a los medios de difusión de masas que llevan por televisión la propaganda de los juguetes a los niños, para que éstos hostiguen a sus padres (lo que constituye un magnífico refinamiento táctico-psicológico)— implic, complica, envuelve en sus redes a lo largo de una escalada de «falsas necesidades» que dura toda la vida, soborna psicológicamente de hecho, en una palabra, a las masas —proletarias o de técnicos—, incluyendo en éstas a numerosos revolucionarios (o mejor dicho pseudorevolucionarios), sobre todo aquellos que lo son, como la democracia, de modo puramente formal, que adquieren coches de lujo —no utilitarios—, residencias secundarias, «para tomar un poco de aire fresco tras un trabajo extenuante», a artistas «progres», «in» o «pop», cuyas obras no son particularmente progresistas en su contenido ideológico y que reciben sumas fabulosas por sus intervenciones, pero que se hacen «de lo que se lleve» y «que suenan», condición ínfima para una «propaganda por el ejemplo» auténticamente eficaz. Algunos grupos de izquierdas coleccionan tales personas como se coleccionan sellos de correos, con esa pasión que se pone en adquirir el sello verde de Egipto que falta en el álbum. El entonces Secretario general del Partido Comunista Francés, Maurice Thorez, le convenció, por el contrario, amistosa pero

firmemente a André Gide de que no ingresara en su partido, ya que las pompas, las obras —y las costumbres— del escritor no correspondían al comportamiento de un partido revolucionario. El número no supone calidad por sí mismo, pero este es un concepto que hoy no parece privar demasiado.

La «liberalización» fracasó, pues, en vida de Napoleón III, pero triunfó en la forma —lo esencial, repetimos, dolorosamente— al cambiar el régimen y no existir ya el obstáculo físico del dictador del 2 de diciembre. «La República será conservadora o desaparecerá», dijo públicamente uno de sus progenitores. Fue conservadora y no desapareció.

En el juego de la «democracia formal» existe, por parte de lo que en sociología se denomina clase dominante —la Tercera República es un buen ejemplo de ello, pero uno sólo—, una experiencia por impregnación insensible —desde las conversaciones oídas de niño en la mesa hasta la transmisión explícita de técnicas de mando de padres a hijos —llamemos a todo esto «costumbre de gobernar»— que no poseen sus interlocutores o adversarios en este terreno. Se comprende el interés que por este tipo de democracia muestran sus beneficiarios...

Y le dejamos al lector que opine por su cuenta y riesgo en el difícil juego —si juego puede llamársele a este aspecto esencial del problema— de las posibles analogías y diferencias entre un tiempo y otro, entre un país y otro. Pero tal vez existan puentes muy parecidos bajo los que el agua pasa, sin duda sorprendida al hallarlos tan similares entre sí, de ver qué pocas diferencias separan al siguiente del anterior. Y es que los han tendido primos hermanos... ■ G. M.



La «liberalización» fracasó en vida de Napoleón II, pero, paradójicamente, triunfó al cambiar el régimen. Era la victoria de la «democracia formal», del «cambiar algo para que nada cambie», táctica en la que Thiers (primer presidente de la República, al que vemos pronunciando un discurso en la Cámara de Diputados) fue un verdadero maestro.